

EL PAPEL DOBLADO

La P de papiroflexia se escribe con p de papel, ese elemento que tenemos todos los días en la mano y que tanto sirve para envolver el pan del bocadillo, como para envolvernos de rabia o alegría al hojear la prensa matutina o desazón al recibir un comunicado del banco sobre el estado de nuestra cuenta.

Mil usos se dan al papel pero el primero de todos ellos fue para vestir, y con ello, plegarlo y replegarlo para abrigarnos de las inclemencias. Un uso similar hacemos los que nos dedicamos a la papiroflexia: tratar de abrigar una idea, plegándola y replegándola hasta encontrar esa forma, esa sombra, ese aire que le da vida. Plegar y replegar lo que hemos observado y estudiado con paciencia, para poder transmitirlo a otros.

“La papiroflexia es un arte que como tal busca el transmitir de un ser a otro”, pronunció Salvador Madariaga al ocupar en 1976 el sillón que la Real Academia le reservaba desde 40 años antes. Como la literatura, es un arte que utiliza el soporte del papel y, como ella, busca la transferencia de ideas o sentimientos entre el creador y sus receptores, sean lectores o plegadores de papel. Miguel de Unamuno dejó un impresionante legado en la papiroflexia mundial, sus Apuntes para un tratado de Cocotología, como él la llamaba, en los que da pie para imprimir la ortodoxia y la heterodoxia en el mundo papirofléctico. Analiza cuidadosamente el papel, apuesta por plegar con papel cuadrado como polígono áureo, defiende el no poder dar cortes, “pues nuestra figura es primero un embrión que se tiene que transformar y llegar a un ser para tener vida”. Ni Unamuno, ni Madariaga, se acordaron de proponer que la voz papiroflexia accediera al diccionario de la Academia.

Tenía razón don Miguel, “¿por qué cortar si en la superficie de una hoja de papel ya están trazados todos los caminos del universo?”. Por qué inventar nuevas letras si con el abecedario que poseemos todavía no están escritos sino una mínima parte de todos los libros? El universo está en un cuadrado de papel y, por lo tanto, allí están nuestras emociones y nuestros sentimientos.

En el verano del 92 Akira Yoshizawa, el maestro japonés, nos contaba en la canícula zaragozana que antes de proceder al plegado de una figura había que estar concentrado. Meditar y rezar antes de plegar una forma que se ha observado, que se ha pensado. Y, desde luego, lavarse. Es necesario dar vida al papel con las manos limpias.

Yoshizawa pasó años y años fabricando artesanalmente diferentes tipos de papel para llegar a encontrar aquel que fuera dúctil y que tras humedecerlo quedara casi petrificado al secarse. Labor similar a la del poeta que aspira a soplar sobre sus frágiles versos hasta endurecerlos y convertirlos en eternos. Ante nuestros ojos plegó un cisne que había observado durante más de veinte años en el estanque de su parque. Llegó a aprehender la esencia de lo que veía y trató de transmitirla. Plegó su cisne con sumo cuidado para que su base pudiera deslizarse por el agua y nos comentó que los plegados no tenían que ser quebrados sino curvilíneos para dar movimiento al cisne, para imprimirle el gesto de la vida.

Había leído muchos años antes estos pensamientos de Yoshizawa pero no los había entendido. Ahora, de sus labios, comprendía que el arte del plegado más que admirarlo hay que sentirlo, lo mismo que los poemas de Pessoa o de Li Po. La percepción del arte en oriente y en occidente serán diferentes pero las sensaciones que transmiten son idénticas. Por eso Yoshizawa, sin necesidad de traducciones, creó un lenguaje universal de signos y símbolos con los que interpretar los desarrollos para recrear – no sólo plegar o reproducir un modelo. Un código que pudiera interpretarse tanto en un barrio de Kyoto como en un pueblecito pesquero de Noruega o en una aldea a orillas del Níger. El Origami como llaman a la Papiroflexia en Japón es el universo en una hoja de papel.

Nos contó cómo tras escribir una carta de amor puede encargarse a un faisán que transporte nuestras letras a las manos de nuestra amada. Y con una carta escrita plegó un Faisán casi capaz de emprender el vuelo. Nos enzarzamos en las cien variantes de hacer un sobre con el mismo papel donde hemos escrito la carta. Y reímos con la sorpresa del cartero que ha de introducir un faisán en un buzón o el disgusto que se llevó uno de nosotros cuando la señora de la limpieza arrojó a la basura una carta, escrita con cariño y con cariño plegada, que había dejado sobre su mesa de trabajo. Los modelos de papel plegado, como cualquier obra de arte, no tienen un valor exacto: lo valen todo o no valen nada.

Y tal como ocurre en una obra de teatro o una interpretación musical, la papiroflexia es un acto irreplicable. La figura buscada tiene unas pautas establecidas por su creador pero el resultado será diferente en cada ocasión que se la afronte. El compositor traza pentagramas y notas, el director de teatro acota las reacciones del actor y el ambiente de la escena pero no puede determinar el fruto de un momento único. Una novela vuelve a escribirse en la cabeza de cada uno de sus lectores.

Nos ha tocado vivir una época donde la velocidad es un ídolo venerado con fervor. ¿Qué publicista –creativos se les llama- es capaz de pensar veinte años el anuncio encargado por una marca de automóviles? No perderá el tiempo en hacer pajaritas de papel, airosa y recia figura de un anónimo plegador español, inmortalizadas en piedra por el escultor oscense Ramón Acín. Plegar es un acto intemporal para el plegador, un acto de transmisión de fuerzas, de sensaciones ilimitadas hasta ver su obra creada. Una obra que cede al mundo sin cercarla por un copyright, todo lo contrario, su deseo es que encuentre mil plegadores que la repitan. Sabe que los dedos de cada uno de ellos imprimirán en el papel una esencia diferente. Un avión de papel volará con elegancia cien metros y el mismo modelo se estrellará torpemente a dos pasos. A lo mejor, el segundo plegador no se ha lavado las manos o no ha rezado lo suficiente antes de iniciar la tarea.

Carlos Pomarón Arbues